



EPÍLOGO

OH amable y querido santo! Aceptad estas páginas, en las cuales hemos procurado copiar de algún modo vuestro espíritu, vuestro corazón, vuestra imagen, y lo que fuisteis para todos, y para nosotros especialmente. Mientras respirasteis, vos no hubierais perdonado que nos atreviésemos á hacer visible el humilde y piadoso santuario de vuestra vida apostólica, abriéndole á las miradas del mundo: tampoco hubiéramos osado intentarlo. Pero la muerte tiene el poder de dar completa libertad á la gratitud y á los recuerdos, y permite que los más afortunados levanten el velo, para que vean todos lo que ellos vieron, y publiquen los beneficios recibidos, dando así amplio desahogo á su amor y á su reconocimiento. ¡Y quién puede apreciar justamente cuanto hemos visto nosotros, cuanto hemos recibido, y cuanto hemos amado!

¡Oh santo, y bienhechor, y amigo nuestro! Desde el día en que nos conocimos, os tuve por el ser más puro que han contemplado mis ojos. Nadie llenará el vacío que nos habéis dejado; ni es posible que hombre alguno, de todos los contemporáneos, haga rena-

cer en el corazón los sentimientos que vos excitasteis en el nuestro: Ya no tendremos, los que quedamos en el camino de la tierra, la dicha de veros y oiros, ni la de sentir nuestras manos estrechadas por las vuestras venerables; pero nos queda el consuelo de invocaros, de alabaros, de hablar de vos á nuestros hermanos, de pensar en vos, de imitaros en vuestros ejemplos, y de gozarnos en vuestra felicidad. ¡Oh santo querido! ¡Qué dicha para estos Misioneros que llamabais vuestros padres, y que tenían á gran gloria ser hijos vuestros, qué dicha pensar en vuestra exaltación y vuestra gloria en el Cielo! ¡Oh y que grande debe ser esa gloria, que guardará proporción con vuestra humildad, según las promesas divinas!





DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL OBISPO DE BELLEY EN LOS FUNERALES DEL
PÁRROCO DE ARS, EL 6 DE AGOSTO DE 1859

«Euge, serve bone et fidelis! intra in
gaudium Domini tui.»

(*Math.*, xxv, 21.)

HERMANOS míos, piadosos fieles á quienes el respeto, el amor y el dolor han traído en tan gran número á este solemne ceremonial, escuchadme. Voy á repetir aquellas palabras del Salvador: *Euge, serve bone et fidelis! intra in gaudium Domini tui.* Muy bien, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Dios y Señor. ¿Hay alguno de vosotros que no crea oírlas de la boca del mismo Dios, cuando la preciosa alma de nuestro santo Párroco salió de su cuerpo, empleado tanto tiempo en servir á su Divino Maestro?

Meditemos por unos momentos, hermanos míos, esas palabras tan dulces y tiernas, que deben en este acto solemne constituir nuestra esperanza y todo nuestro consuelo. También encierran una saludable

advertencia de aquel que no ha de hablaros ya en lo sucesivo, sino con el ejemplo de las virtudes que practicó durante su vida, y tal vez también con los milagros de su tumba.

Euge! ¡Animo! Esta sola expresión, esta primera palabra, nos alienta. ¡Animo, siervo bueno y fiel! Juan Bautista María Vianney, nuestro santo Párroco de Ars, es un fiel siervo de Dios, que ha contado setenta y cuatro años de buenos y leales servicios: sus santos trabajos duraron toda su vida. Siendo niño, sirvió á Dios; cuando joven, sirvió á Dios; de estudiante, sirvió á Dios: las repulsas no le desalentaron para llevar á cabo sus proyectos de servir á Dios, lo que hizo de una manera absoluta y perfecta, abrazando la carrera del Sacerdocio: no quería ser sacerdote sino para servir á Dios, y bien lo ha probado, en verdad. Sacerdote, Vicario y Párroco, siempre sirvió á Dios.

¿Y cómo cumplió este deber? Todos vosotros lo sabéis: el servicio de Dios absorbió de tal modo su vida, que de él pudiéramos decir que por servir á Dios casi no comía ni bebía. El Párroco de Ars tenía suficiente con tres ó cuatro onzas diarias de alimento, y una ó dos horas de sueño. El tiempo restante todo lo consagraba á Dios, sirviendo á las almas. Catorce, dieciséis y dieciocho horas de confesonario, cuyo ejercicio interrumpía sólo para explicar el Catecismo, que era una elocuente predicación. Su sola presencia en el púlpito, aunque no se le oyera ni comprendiese, predicaba, conmovía y convertía. En el tiempo que pudiera quedarle, conversaba con sus amados feligreses, visitaba los enfermos, oraba largas horas, y se dedicaba á lecturas piadosas. En suma: pasaba todo el día santamente ocupado en el servicio de Dios y

de su mayor gloria. Y ese día entero, consagrado á Dios, se renovaba sin cesar, pasando de ese modo el domingo y la semana, el día y la noche sin tregua ni descanso.

Euge, serve bone et fidelis! ¡Animo, siervo bueno y fiel! ¿Habéis sido fiel en cosas pequeñas, *in pauca fuisti fidelis?* ¡Oh Dios mio! Permitidme decir que no sólo en cosas pequeñas fué siervo fiel el Párroco de Ars. Es necesario publicarlo para vuestra gloria, porque su vida ha sido una maravilla de vuestro poder y de vuestro amor. Para Vos, Señor, todo es poco, infinitamente poco; mas para nosotros, hombres; para nosotros, débiles mortales, la vida del Párroco de Ars es un prodigio, y tal vez sea más exacto decir que es un milagro continuado. ¿Cuántos años ha, hermanos míos, ó acaso siglos, que no se vió un sacerdote adornado con cualidades tan provechosas para las almas, tan santa y continuamente ocupado, y tan completamente consagrado al servicio de Dios?

Y cumplió este servicio con todas las condiciones de bondad y fidelidad que reclama la santidad del Señor á quien servimos. *Euge, serve bone et fidelis!* ¡Animo, siervo bueno y fiel! Lo *bueno* para un cristiano, para un sacerdote, es el sacrificio, la cruz y la mortificación; lo *bueno* son los gemidos de la naturaleza, convertidos en gemidos de expiación y de amor. El sacrificio es un acto de amor, y á la vez la prueba más auténtica de verdadero amor. He ahí, hermanos míos, lo que constituye el buen servicio, el servicio fiel; y he ahí también la fuerte y sólida bondad que ha distinguido al santo Párroco de Ars.

A la austeridad de una vida, tal cual la hemos bosquejado y vosotros la habéis conocido, añadía mu-

chas é ingeniosas mortificaciones; sufría con heroica paciencia dolores casi continuos, y Dios le daba á veces penas secretas y misteriosas. En esta vida de sacrificios, tan penosa y tan buena, fué de tal manera fiel, y tan completa su fidelidad, que el amor propio no tuvo allí parte alguna. Este pobre Párroco rural hacía, sólo por Dios y para Dios solo, todo lo que hacía: rodeado siempre de millares de almas que le aclamaban, era siempre sencillo como un niño. Cuantos os halláis aquí presentes le habéis visto y oído, y sabéis que os digo la más exacta verdad. Los públicos y muy solemnes testimonios de respeto y veneración, no le envanecían. Bendecía á la multitud, pensando que él mismo recibía del Cielo la bendición. Veía su retrato reproducido por todas partes, como el del Patrón ó Santo del pueblo, y con este motivo decía algunas expresiones triviales, que su sencillez hacía sublimes.

¡Animo, siervo bueno y fiel! *Euge, serve bone et fidelis!* Estas palabras sagradas son verdaderas hablando de vos ¡oh fiel siervo del Señor! pero no las digo, hermanos míos, sino por vosotros. ¡Animo, pues! No lloremos como los que no tienen esperanza. (*Apost. ad Thes., IV, 12.*) ¡Ah! ¡La esperanza es aquí como de fe! Permitidme en este momento, hermanos míos, abriros aún más el fondo de nuestro corazón.

Advertido providencialmente del rápido progreso de la enfermedad de nuestro amado y venerable Párroco, nos hemos apresurado á venir. Durante el viaje íbamos rezando el Oficio de Santo Domingo, *otro siervo bueno y fiel*; y las palabras de la oración excitaban en nosotros el recuerdo del santo sacerdote á quien veníamos á visitar. En unión con Jesucristo,

Jefe de la Iglesia, al rezar en el Breviario, pensábamos en el Santo cuya fiesta celebramos. Santo Domingo estaba con nosotros á medias en nuestras oraciones; pero á cada momento veíamos en nuestro espíritu al bueno y santo Párroco de Ars. Decíamos, por ejemplo: *Domine, quis habitabit?* etc. «Señor, ¿quién habitará en vuestro tabernáculo, ó quién descansará sobre vuestro monte santo? El que vive sin tacha y practica la justicia.» ¡Oh y qué bien le cuadraban estas palabras! y estas otras: *Domine, Dominus noster.* «Señor Dios Nuestro, ¡cuán adorable es vuestro nombre en toda la tierra! ¿Qué es el hombre, para que os acordéis de él? Le habéis colocado en una esfera poco inferior á la de los ángeles. Le coronasteis de gloria y honor...;» y otras muchas palabras que, aplicadas al Párroco de Ars, nos conmovían y enternecían.

Algunas horas después de su muerte, cuando decíamos la Misa por él en el altar á que tantas veces había subido el siervo de Dios, se reproducían en nuestro espíritu los pensamientos de la víspera, al leer las palabras que siguen á la Epístola: *Emitte lucem tuam.* «Vuestra luz y vuestra verdad son quienes me conducen á vuestro monte santo, y á vuestros divinos tabernáculos. ¡Oh alma mía! ¿Por qué estás triste y por qué me conturbas?» Y estas otras del Evangelio: *Levate oculos vestros.* Levantad vuestros ojos, ved esas llanuras: todas están blancas con las mieses que las cubren. Esas llanuras eran para nosotros el campo de la vida que recorrió nuestro santo Párroco; le veíamos cubierto de ricas y abundantes mieses, y nuestra alma rebosaba de dulce y santa esperanza.

Euge, serve bone! ¡Animo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor! La esperanza que hacen

concebir estas palabras aplicadas al santo Párroco de Ars, es ya por sí sola un consuelo, no obstante las tristes y solemnes circunstancias que aquí nos reunen. Mas un nuevo y atento estudio de ellas nos producirá consuelo grandísimo y muy á propósito para dulcificar el rigor del sacrificio que Dios nos impone. ¡Ah! ¡Este sacrificio es muy grande!... Todos nosotros hemos perdido mucho. ¡El Párroco de Ars no se reemplaza!... Ni Dios quiere, en interés de su gloria, multiplicar estos milagros de gracia y santidad. Francia ha perdido un sacerdote que le daba honor, y al cual venían en consulta todas sus provincias. ¡Y los pobres pecadores ¡ay! cuánto han perdido también perdiendo al Párroco de Ars! Tenía no sé qué palabras entrecortadas de sollozos y mezcladas con lágrimas, á las cuales era imposible resistir. Nuestra Diócesis ha perdido mucho, porque el Párroco de Ars era su gloria, su providencia, y había empezado ya á fundar la obra de las Misiones, que tan grata le era. Más de noventa parroquias le serán deudas del beneficio perpetuo de una Misión cada diez años. ¡Y Dios sabe cuántas otras obras ha fomentado, bendecido y ayudado!

Vuestro Obispo también ha perdido mucho, hermanos míos; ha perdido un padre, un amigo y un modelo. A la llegada de un nuevo Obispo, siempre se preocupan un poco los ánimos; pero él tenía respeto sumo á la dignidad episcopal. La primera vez que le vimos y que nos recibió, estaba temblando. Mas este sentimiento de temor que le dominó en un principio, desapareció muy pronto, cuando le estrechamos contra nuestro corazón; cuando apretamos sus manos venerables entre las nuestras, y cuando fijamos nuestras miradas respetuosas en las suyas, tan profundas,

tan puras y tan dulces. ¡Ah! Lo creemos, y estamos seguros, no hizo sino amarnos con la misma ternura con que le amábamos.

Sí, hermanos míos: todos hemos perdido mucho, lo repito; pero estas palabras: *Euge, intra in gaudium Domini tui*: «¡Animo, siervo fiel, entra en el gozo de tu Señor!» deben moderar, si no las lágrimas que derramamos, al menos nuestra pena y aflicción. «¡Animo, siervo fiel, entra en el gozo de tu Señor!» es decir, siervo bueno, tu jornada ha terminado: bastante has hecho, bastante has trabajado. Ven: he aquí tu recompensa y el premio de tus fatigas. Tal ha sido el pensamiento que ocupó nuestra alma cuando, después de haber bendecido al santo enfermo y orado con él y por él, fuimos arrastrados por la muchedumbre al pie del altar. Allí asistimos á las oraciones públicas; oíamos á uno de sus muy amados hijos y misioneros nuestros, que habitaban con él, pedir un milagro para el restablecimiento de la vida y salud del venerado Pastor; y no pudiendo asociarnos á esta oración, nos contentamos con entregarnos y unirnos á la voluntad de Dios. ¡Ha trabajado tanto!... decíamos: pero sin duda hubiera repetido con San Martín: *Non recuso laborem*, no rehusó el trabajo. Tan bueno era, hermanos míos, que, al ver nuestras lágrimas, hubiera consentido en vivir; pero ¿podíamos exigirselo? Ya estaba fatigado, consumido; parecía no sostenerse en pie sino por milagro. ¿No nos le ha dejado Dios bastante tiempo? Verdad es que nosotros le necesitamos; pero también él tiene necesidad de descanso, y tiene derecho á la recompensa. Que éntre, pues, sí, que éntre en el gozo de su Dios. *Intra in gaudium Domini tui*.

¿Y se habrá entregado de tal manera al gozo del Cielo que no pueda ya pensar en nosotros, pedir por nosotros y servirnos? El Cielo está muy cerca de la tierra, y Dios es quien los une. ¡Ánimo, pues, y valor! En el seno de Dios, donde descansa el Párroco de Ars, no se ha perdido para nosotros. He ahí, hermanos míos, una advertencia muy saludable, y que, salida de esa tumba y de las palabras que quisiéramos grabar en ella, viene á manifestarnos á todos el especial beneficio y el mucho bien que el Párroco de Ars puede aún hacer en nuestras almas.

¿Qué hubiera respondido, si viviese aún el santo Párroco, á las palabras que le hemos aplicado: «¡Ánimo, siervo bueno y fiel! entra en el gozo de tu Señor?» ¿Lo creeréis, hermanos míos? ¿Y debo decirlo? Sí, ciertamente; y pido á Dios, en nombre del buen pastor y cariñoso padre que hemos perdido, que mi palabra sea enteramente episcopal y apostólica.

No sólomente hubiera respondido con el Evangelio: «Yo soy un siervo inútil, ¿por qué me llamáis bueno y fiel?» sino que hubiera tenido el deseo, diré la tentación, de verse tratado con más severidad. He aquí una de las penas secretas de que os he hablado, y por las cuales hizo pasar Dios á su siervo. «Señor Párroco, le decía uno de los Misioneros: ¿cómo podéis resistir á la tentación de vanagloria en medio de un concurso tan numeroso, y que continuamente se renueva?—¡Ah, hijo mío! le respondió: decidme más bien cómo resisto á la tentación de temor, de desaliento y desesperación.» ¡Admirable prueba de la gracia de Dios, y que explica la insistencia de este venerado pastor en querer dejar su curato, para morir haciendo penitencia en la soledad!—¡Ah, Mon-

señor! decía él aún no hace quince días: os pido me dejéis marchar para llorar los pecados de mi vida miserable. — Pero, buen Párroco, le decíamos, las lágrimas de los pecadores que Dios os envía valen tanto como las vuestras.—No me habléis de eso; si lo hacéis, no vendré á veros más.—Pero nuestras palabras afectuosísimas, dichas para animarle, no parecían convencerle.

El Párroco de Ars era á sus propios ojos un pobre pecador; el cargo pastoral le imponía, y temía haberle cumplido mal: los juicios de Dios le hacían temblar á cada instante. Sin embargo, los últimos años de su vida los pasó en completa calma; acaso había sonado ya á su oído aquella palabra divina, *Euge*; pero en su primera enfermedad, en aquella especie de muerte por que plugo á Dios hacerle pasar hace ya algunos años, se dejan ver las perplejidades que agitaban su alma. ¿Y qué frutos deberemos sacar nosotros de esta lección que nos ha dado el Párroco de Ars?

¡Almas escrupulosas y demasiado tímidas, numerosas tal vez en la peregrinación de Ars, aprended á resistir, como el santo Párroco, al excesivo temor, contra el cual os fortifica la obediencia! Esa tentación fué el *Ne magnitudo revelationum extollat me*, de San Pablo. Dios, por medio de estos temores, dejaba incólume la humildad de aquella preciosa alma; daba mayor mérito á los sentimientos que abrigaba en su espíritu, y le inspiraba las palabras que os decía y que tanto bien han producido. El bálsamo oculto de esas palabras era como el perfume de sus lágrimas y oraciones, y también de todas las gracias que Dios derramaba sobre aquella herida de su corazón, que era, y aún quizás es, la vuestra.

Pero ¡almas indiferentes y presuntuosas, bien raras por cierto en esta piadosa concurrencia, y que vinisteis atraídas por la noticia de tan tiernos funerales! sabedlo bien vosotras principalmente. El Párroco de Ars, temía siempre el juicio de Dios. Ejemplo admirable dado á un siglo en el cual ha desaparecido el temor, no para dar lugar al amor, sino á la torpeza, á la indiferencia y al olvido de Dios. ¡Oh qué dolor, hermanos míos! ¿Cuándo despertaréis de vuestro fatal sueño? ¿Cuándo temeréis lo que con tanta elocuencia nos enseñó á temer el santo y venerado Párroco? ¿Cuándo temeréis los juicios de Dios, que tanto debéis temer? ¿Cuándo, por fin, trabajaréis seriamente en el negocio de vuestra salvación, que es el negocio más grave y serio de todos los negocios?

Para vos, querido y venerado Párroco, la tentación ha terminado ya, y con ella los temores. Nosotros abrigamos la confianza de que vuestro ángel os ha guiado al lugar del eterno gozo, y de que os halláis en posesión del descanso y de la paz. *Intra in gaudium Domini tui.*

Si: habéis sido introducido en la Jerusalén celestial por María, Madre de misericordia, á quien tanto amasteis, y cuyo nombre llevabais; por San Juan Bautista, vuestro Patrono, tan humilde como grande; por Santa Filomena, vuestra Patrona adoptiva, que, al parecer, revivía en vos, y ocultaba su nombre bajo el vuestro, como vos ocultabais el vuestro bajo el suyo.

¡Oh santo y venerado Párroco! Desde esa mansión de gloria y verdadera dicha, velad aún, ¡velad siempre sobre nosotros! Carro y guía de Israel, dejadnos vuestro doble espíritu de consagración total

al servicio de Dios, y de temor también, mezclado con amor y confianza.

Dejadle á esta Comunidad de Misioneros, que se glorian de los sentimientos paternales que les inspirasteis. Dejadle á vuestros amados feligreses, que no se consolarán de haberos perdido, sino pensando en vos, y amándoos cada vez más.

Dejadle al Clero de esta diócesis, tan santamente orgulloso de contaros entre sus miembros.

Dejadle, en fin, á vuestro Obispo, tan triste como feliz en este momento por hablar de vos. No dudéis que el día más bello, y el más feliz de mi pontificado, será aquel en que la voz infalible de la Iglesia me permita exclamar solemnemente, y cantar en vuestro honor:

Euge, serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui! Amén.

